

castellano

CASTILLO DE MONTJUÏC

BARCELONA

Ajuntament de
Barcelona





Barcelona asediada por las tropas del mariscal Berwick.
G. Landry, 1715.
Archivo Histórico de la Ciudad de Barcelona

MEMORIA BREVE DEL CASTILLO DE MONTJUÏC

Manel Risques Corbella

Historiador

El Castillo de Montjuïc se construyó al iniciarse la guerra de separación de las instituciones catalanas contra la monarquía de Felipe IV, precipitada por la Revuelta de los Segadores (1640). Cataluña se convirtió en una efímera república y pasó, acto seguido, a la soberanía francesa. La contraofensiva del rey español fue inmediata y, para enero de 1641, sus tropas ya estaban a unos treinta kilómetros de la ciudad por el lado del Llobregat. La necesidad de defender la capital movilizó a la población, que procedió a la construcción de un fortín cuadrado en torno a la torre atalaya de la cumbre de la montaña de Montjuïc con el fin de cerrarles el paso. Se construyó muy rápido, en 30 días, justo para ser escenario de la batalla (el 21 de enero de 1641) que supuso la derrota de las tropas de Felipe IV, muy celebrada en la ciudad. La guerra continuó, el fortín se reedificó, pero no pudo impedir que el rey tomara Barcelona (en 1652) y que el mismo castillo pasara a ser titularidad de la monarquía.

Se instaló una guarnición de forma permanente con el fin de garantizar no solo la seguridad exterior, sino también la obediencia de la población al rey. Los ataques y asedios marítimos que sufrió la ciudad desde finales del siglo XVII estimularon una nueva reforma del castillo: se construyó una ciudadela -en cuyo interior se encontraba el antiguo recinto-, con tres baluartes defensivos y un frontis rectilíneo que configuraba una línea de dientes de sierra orientada al mar.

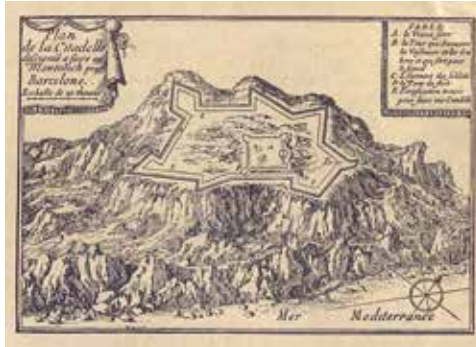
La guerra de Sucesión

Se originó en 1701 a consecuencia de la impugnación por parte de los Austrias (con el apoyo de Gran Bretaña, Holanda y Portugal) del testamento de Carlos II -muerto sin descendencia directa-, que designaba a Felipe de Borbón, duque de Anjou, nuevo rey de España, y que fue investido como Felipe V. Desde el Imperio se reclamaron los derechos sucesorios en favor del archiduque Carlos de Austria, a quien proclamaron nuevo rey de España, Carlos III.

La participación catalana en el conflicto internacional se formalizó en el año 1705, cuando buena parte de la sociedad optó por los austriacistas, ya que la guerra suponía la confrontación de dos modelos políticos: el nuevo centralismo absolutista de los Borbones y la continuidad del modelo federal, de respeto a las leyes y constituciones catalanas, y de modernización económica. Aquel año se firmó el Pacto de Génova, por el que los aliados intervendrían en Cataluña contra las autoridades borbónicas con el fin de incorporarla a la soberanía de Carlos III. Desde entonces, la guerra se instaló en el Principado hasta el 11 de setiembre de 1714, cuando las tropas de Felipe V acabaron con la última resistencia austriacista y entraron en Barcelona.

A lo largo de estos años, el protagonismo de Montjuïc se dio sobre todo entre 1705 y 1706, a raíz de la llegada de las tropas aliadas y del archiduque Carlos al plano de la ciudad (setiembre de 1705). El castillo, que había sido reforzado, se convirtió en bastión de la defensa felipista, fue atacado por los aliados y bombardeado hasta que las tropas se rindieron. Su conquista permitió llevar a cabo el total asedio de la ciudad y la capitulación de los felipistas: el 22 de octubre el archiduque entraba en Barcelona. Carlos III se convertía en el nuevo soberano de Cataluña.

La reacción de Felipe V fue rápida. Con el apoyo del rey francés Luis XIV, organizó dos ejércitos y una escuadra, que en abril de 1706 llegaron a Barcelona. Lo primero que querían hacer era tomar el Castillo de Montjuïc: la resistencia fue encarnizada y contó con el apoyo de la población, que impidió el ascenso de las tropas borbónicas por la montaña y,



Vistas del castillo y de la fortificación de Montjuïc.
A. Malleson-Mallet (Beaulieu), c. 1696.
Archivo Histórico de la Ciudad de Barcelona

Escena de los bombardeos en la ciudad efectuados desde Montjuïc, 1842.
Biblioteca de Cataluña. Barcelona

posteriormente, participó en la defensa directa del castillo a pesar del bombardeo sistemático que sufrió. Quedó prácticamente en ruinas y fue ocupado por los borbónicos, que, desde entonces, se centraron en el asedio de la ciudad. Sin embargo, la llegada de una escuadra aliada el 8 de mayo cambió la situación y el ejército francoespañol tuvo que retirarse poco después.

La estratégica centralidad del castillo había sido incuestionable y la acción ciudadana durante 1706 se enlazaba con la resistencia patriótica de 1641. De forma inmediata, se inició su reconstrucción, con obras de fortificación de los baluartes de poniente y de levante y de nuevas comunicaciones con la ciudad. La guerra continuó, aunque, a nivel internacional, los tratados de Utrecht y Rastatt (1712-13) habían puesto fin al conflicto y reconocido a Felipe V como rey de España, y las tropas aliadas habían evacuado Cataluña. El 25 de julio de 1713 se inició un nuevo asedio de la ciudad por parte de las tropas borbónicas, que duró hasta el 11 de setiembre de 1714: Montjuïc, bastión de los asediados, no fue atacado directamente, ya que el líder de las fuerzas felipistas, el duque de Berwick, consideró que los costes serían excesivos y optó por atacar directamente las murallas de la ciudad. En el castillo había un estandarte negro con la leyenda "Muerte o nuestros privilegios". El 12 de setiembre, a las 18.00 horas, las tropas borbónicas entraban en el castillo, con la ciudad ya derrotada. La memoria patriótica quedaba borrada.

La fortaleza borbónica

El régimen de Nueva Planta perfiló un sistema defensivo de la ciudad que se basaba en dos grandes fortalezas (sin obviar las otras: Drassanes, Fort Pius, etc.): la nueva Ciutadella y Montjuïc. Tenían que garantizar sobre todo el orden interior y, también, la defensa exterior. Una vez edificada la Ciutadella, se procedió a la reconstrucción de Montjuïc de acuerdo con el proyecto del ingeniero militar Juan Martín Cermeño. Las obras se iniciaron en 1751, duraron casi toda la segunda mitad del siglo XVIII y dotaron al castillo de su configuración actual, un trapezoide irregular que se adaptaba a la montaña. Supusieron la

remodelación de los tres baluartes existentes (el de Velasco en el noroeste, el de la Lengua en el suroeste, que quedó cubierto con dos lunetas, y el de Santa Amàlia) y la construcción del de Sant Carles (en el sureste), que se unió con el de Santa Amàlia formando una cortina de 69 metros donde se abrió la puerta de acceso principal a través de un puente fijo con un tramo levadizo sobre el cementerio. Delante del acceso se extendía el glacis con pendiente, que se terminó en 1779. Al interior se accedía por medio de dos rampas cubiertas con bóvedas, y se organizaba con dos plataformas, que el foso de Santa Elena separó. Encima, un hornabeque y un revellín servían de protección al edificio superior que sustituyó el viejo fortín. Tenía forma de cuadrilátero irregular, con una plaza de armas, una torre de mando y señales, y un edificio en rededor donde se ubicaban los almacenes y los cuarteles. Los dormitorios de la tropa permitían un cupo de poco más de 2.000 efectivos. Había 86 cañones que, con obuses y morteros capaces de acercarse al parapeto para disparar, sumaban una artillería de 120 piezas. Dispuso de dos cisternas de agua.

En agosto de 1799 se dieron por acabadas las obras; desde entonces, los trabajos de reparación, mantenimiento y mejora de la fortaleza serían habituales. Durante este periodo no ejerció funciones represivas destacables, ya que la Ciutadella tomó el protagonismo. A finales del siglo XVIII se utilizó como prisión de franceses en la guerra contra la Convención (1793-95). Y para 1808 fue ocupado por las tropas de Napoleón, sin resistencia.

El castillo de las bombas

Fue en la Barcelona liberal y revolucionaria de 1833-43 cuando más se oyó y dejó una profunda huella el Castillo de Montjuïc por su acción violenta y represiva, que supuso el inicio de una relación con la ciudad marcada por la brutalidad, con los bombardeos de 1842 y 1843. En ambos casos, liquidó movimientos insurreccionales de profundo contenido popular en contra de la autoridad gubernativa. En noviembre de 1842 se produjo una revuelta espontánea de protesta contra la acción autoritaria y represiva del gobierno de Espartero:



Panorámica de la fachada de mar con la montaña de Montjuïc al fondo. Joan Martí Centellas, 1874. Biblioteca de Cataluña. Barcelona

Vista de Barcelona desde la Creu dels Molers. Desconocido, c. 1850 (extracto del *Atlas de Barcelona*, ed. Mediterrània)

como castigo, la ciudad fue bombardeada desde el castillo durante 12 horas, desde el mediodía del 3 de diciembre. Hubo un mínimo de veinte muertos, diversos heridos y destrozos materiales por toda la ciudad, ya que las bombas caían indiscriminadamente sembrando el terror. Cuando entraron las autoridades, según un testimonio contemporáneo, "la ciudad ofrecía un aspecto sepulcral: cerradas puertas y tiendas, casi desiertas las calles, obstruido en algunas el paso por las ruinas y escombros de las casas derribadas, y cubiertas por el humo que salía de muchos edificios que aún ardían..."

El 2 de setiembre de 1843 se formaba una junta suprema provincial para impulsar un programa de reformas democráticas y sociales, de cariz federalista, que el gobierno había incumplido. Se iniciaba una revuelta conocida como la Jamància, que, además, adquirió un carácter radical, antiaristocrático y demandaba una mayor redistribución de la riqueza ("May més vulguin los pobres / pagar contribucions / qu'els richs las paguin totes / ab sos robats milions..."). Cinco días después, desde Montjuïc se iniciaba el bombardeo sistemático de la ciudad, durante dos meses, hasta el 10 de noviembre: oficialmente se contaron 335 muertos, 354 heridos y unos incalculables destrozos materiales. Unas cuarenta mil personas huyeron de la ciudad. La derrota de la revuelta abrió las puertas a la reacción moderada.

Posteriormente, para julio de 1856 Montjuïc volvió a tener un papel central en la represión política cuando sus cañones, por orden del capitán general Juan Zapatero, *el Tigre de Cataluña*, volvieron a bombardear, conjuntamente con las fortalezas de la Ciutadella y las Drassanes, el movimiento popular que se produjo como respuesta al golpe de estado que había expulsado a los progresistas del gobierno. La ciudad estuvo ocupada militarmente y la represión fue extrema, con más de 400 muertos.

El castillo "maldito"

Desde 1893 la función militar de castigar la ciudad con las bombas, ya obsoleta, sería sustituida por la de espacio de detención y tortura, de celebración de consejos de guerra contra civiles y de fusilamientos. La policía, incapaz de

investigar con éxito y profesionalidad los atentados anarquistas -sobre todo el estallido de la bomba en la calle de los Canvis Nous durante la procesión del Corpus de 1896, que provocó doce muertos y más de cuarenta heridos-, practicó detenciones masivas. De esta forma, Montjuïc se llenó de centenares de detenidos sin protección judicial y durante un tiempo indeterminado, que podía llegar a los dos años. Era una acción impune contra adversarios ideológicos y políticos del régimen que pretendía, por una parte, desarticular el anarquismo e intimidar el republicanismo, y, por otra, encontrar a unos culpables del atentado mediante la tortura. No en balde, 28 detenidos se declararon autores de la colocación de la bomba. El proceso que se celebró en el castillo, lleno de irregularidades, dictó cinco penas de muerte que fueron ejecutadas allí mismo.

A medida que se conoció la realidad de Montjuïc, la ciudad reaccionó con la denuncia de las prácticas criminales y del horror, y con movilizaciones y campañas, también a nivel internacional. El castillo se identificaba con la permanencia de una España negra, inquisitorial —tal como se decía en aquel momento— y salvaje en contraste con la Europa moderna, crecía como castillo "maldito" que creaba mártires y era espacio de impunidad, injusticia y violencia. El rechazo era tan intenso que el mismo Ayuntamiento solicitó (en 1902) su cesión al Gobierno, con el fin de derribarlo, petición en la que se insistiría posteriormente, sin éxito. De forma significativa preservó su condición represiva en la Semana Trágica (1909), cuando volvieron detenidos, consejos de guerra y fusilados en el foso de Santa Amàlia, como el pedagogo libertario Francesc Ferrer i Guàrdia. Y también cuando se llenó de centenares de obreros, sindicalistas, anarquistas, etc., por orden del capitán general Milans del Bosch, entre 1919 y 1922, a raíz de la huelga de La Canadiense y los conflictos posteriores.

El castillo durante la República y la Guerra Civil, 1931-1939

No puede extrañar que el nuevo Ayuntamiento republicano insistiera al Gobierno en la cesión del castillo. El debate era qué hacer, ya que a la



Prisioneros en el patio de armas y en la fachada de mar del Castillo de Montjuïc. Albert L. Deschamps, 1939. MECyD. Centro Documental de la Memoria Histórica, Fotografías-Deschamps. Fotos 764 y 761

Entrada principal y exterior del castillo. Francesc Ribera, 1960-1962. Archivo Fotográfico de Barcelona

Proceso de restauración del patio. Desconocido, 1962. Archivo Fotográfico de Barcelona

propuesta de derribo se añadieron otras, como la de emplazamiento del nuevo Parlamento de Cataluña o de un museo contra la guerra. La insurrección del 6 de octubre de 1934, encabezada por el presidente Lluís Companys, no solo paralizó el tema, sino que devolvió protagonismo al castillo al revitalizar su uso como prisión política para los cabecillas militares detenidos y como lugar de celebración de los consejos de guerra y de ejecución de sentencias a muerte, ahora con las garantías que se derivaban de un régimen democrático y lejos de la impunidad anterior. El recuerdo, sin embargo, perduraba. El escritor Joseph Kessel, que cubría la información de los procesos, escribió: "Esta fortaleza es, en Barcelona, lo que era en París la Bastilla o San Pedro y San Pablo en San Petersburgo. Al mismo tiempo ciudadela y prisión, ha guardado, detrás de las murallas y los fosos, una silueta feudal...".

Sería el mismo Lluís Companys, otra vez presidente de la Generalitat de Catalunya (1936), quien procediera a la ocupación pacífica del castillo, que pasó a manos de la Generalitat en una fiesta popular en el mes de agosto, ya iniciada la Guerra Civil. El espacio se catalanizó, ondeó en él la bandera catalana y el presidente depositó un ramo de flores en memoria de las víctimas.

Sin embargo, no tardó en convertirse en espacio "de guerra", donde se reclutaron las milicias de ERC y se asumieron ineficientes funciones de defensa antiaérea y, nuevamente, de prisión política y militar, de espacio judicial y de ejecuciones, en el foso de Santa Elena. El castillo se convirtió en prisión y espacio de ejecuciones donde se materializaron, primeramente, las de los cabecillas militares del Alzamiento por sentencia en consejo de guerra. Estas funciones tuvieron continuidad y supusieron la materialización de condenas por tribunales militares (rebelión militar) y populares (por filiación falangista, tradicionalista, de la CEDA, etcétera); y desde mayo de 1937 por los diversos tribunales que persiguieron, sobre todo, delitos de traición, espionaje, derrotismo, sabotaje y la disidencia antifascista (básicamente el POUM y la CNT). A lo largo de la guerra se produjeron unas 250 ejecuciones por sentencias de los diversos tribunales. Hacia marzo de 1938

había 1.495 presos, en duras condiciones penitenciarias derivadas de la coyuntura de la guerra.

El castillo franquista

El castillo fue ocupado el 26 de enero de 1939 por las tropas franquistas y volvió a manos del Gobierno central. De forma inmediata, se habilitó como centro concentracionario con miles de soldados prisioneros, cuya mayoría fue trasladada al campo de concentración de Horta cuando se puso en funcionamiento poco después. Desde entonces, fue espacio de memoria franquista (con el monumento ¡A los caídos por Dios y por España!) y recuperó su función de prisión militar de oficiales y cabecillas del ejército republicano, de lugar de celebración de consejos de guerra y, puntualmente, de ejecuciones, unas siete hasta 1945.

La que alcanzó unas dimensiones políticas y simbólicas más profundas fue la del presidente Lluís Companys, detenido en la localidad francesa de La Baule el 13 de agosto de 1940 por la policía alemana; trasladado a Madrid, donde fue torturado, y, de allí, a Montjuïc. Fue juzgado en consejo de guerra sumarísimo y ejecutado en el foso de Santa Eulàlia el 15 de octubre de 1940 por su condición, precisamente, de presidente de la Generalitat de Catalunya, máxima representación del "rojoseparatismo" que el régimen quería aplastar. El castillo quedó profundamente marcado por este crimen. Desde entonces, y hasta el año 1960, en que fue parcialmente cedido a la ciudad, mantuvo su carácter de prisión militar y no perdió su dimensión política, si bien experimentó una creciente decadencia.

Para 1960 fue cedido a la ciudad de forma muy parcial, ya que el Gobierno central, por medio del capitán general, mantenía el control del nuevo Patronato que lo gestionaba, y que estaba obligado a construir un museo militar "en el que se exalten las glorias castrenses patrias", financiado por el Ayuntamiento. Se inauguró en 1963 en paralelo una estatua ecuestre de Franco en el patio de armas. No se cerró hasta el 2009. Dos años antes, la estatua había sido trasladada a los almacenes municipales.

Hasta el 2007 el castillo no fue cedido a la ciudad.

EL CASTILLO: UNA MIRADA A BARCELONA DESDE MONTJUÏC

Durante muchos siglos, el castillo y la montaña de Montjuïc han jugado un papel decisivo en la vida de la ciudad. Desde los primeros pobladores de Barkeno hasta el desmantelamiento del museo militar, la montaña y, en parte, su fortaleza han sido testigos de desfiles militares y paseos de vagabundos; jiras y escaramuzas bélicas; construcciones majestuosas y cabañas humildes; viñas con huertecillos y jardines científicos; campamentos sanitarios y museos; guardias de torres de vigía y turistas ávidos de una buena perspectiva. Hoy, la cima quiere ser el símbolo que recoja toda esta diversidad de espíritus, unidos por el principio de la libertad, la memoria y los derechos individuales y colectivos.



EL PROMONTORIO SIN CASTILLO

Los geólogos sitúan la formación de Montjuïc en el mioceno. Bajo la protección de esta elevación -un islote dentro del mar de hace centenares de miles de años- se crearon una serie de playas y arenales entre las desembocaduras de los ríos Llobregat y Besòs.

Al poniente de una de las playas situadas al pie del acantilado se habría constituido el núcleo de un puerto marítimo primigenio, de cuya existencia darían fe las posteriores designaciones de Castell de Port, la parroquia de Santa Maria de Port y el antiguo estanque de Port, en los barrios actuales de la Marina de Sants. En origen, provendría del topónimo porto, citado en un documento de permuta del año 984, que ya lo situaba *prope Monte Iudaico*.

El tipo de roca predominante en Montjuïc es la arenisca, extraída durante casi dos milenios para construir la ciudad que crecería a sus pies.



Barcelona desde Montjuïc. El faro y la casa del vigia se sitúan en primer término. A. Van Wyngaerde, 1563

Fábricas de las huertas de Sant Bertran con la montaña de fondo. Desconocido, 1880-1889. Archivo Fotográfico de Barcelona

El punto más alto alcanza los 192 metros, que se precipitan hasta el mar formando un acantilado de alto valor biológico en el lado del Morrot o punta de Miramar, donde encuentran abrigo aves como el cernícalo, el búho, la grajilla y el halcón peregrino.



UNA CIMA FORTIFICADA

El castillo que hoy presenciamos en Montjuïc es el resultado de la evolución de diversas edificaciones que se han ido construyendo, derribando, rehabilitando y perfeccionando a lo largo de, como mínimo, los últimos diez siglos. Así, el llano de la cima de Montjuïc ha sido testigo y cimiento de faros, torres de vigía, fortines y castillos que han cumplido diversas funciones según la evolución social, económica, tecnológica y política del momento. Aunque los precedentes directos de un castillo datan del siglo XVII, la estructura esencial del castillo actual es heredera de una última gran reforma diseñada en 1751 por el ingeniero real Juan Martín Cermeño. Las obras de esta remodelación se iniciaron en 1753 y no se acabaron hasta 1779.

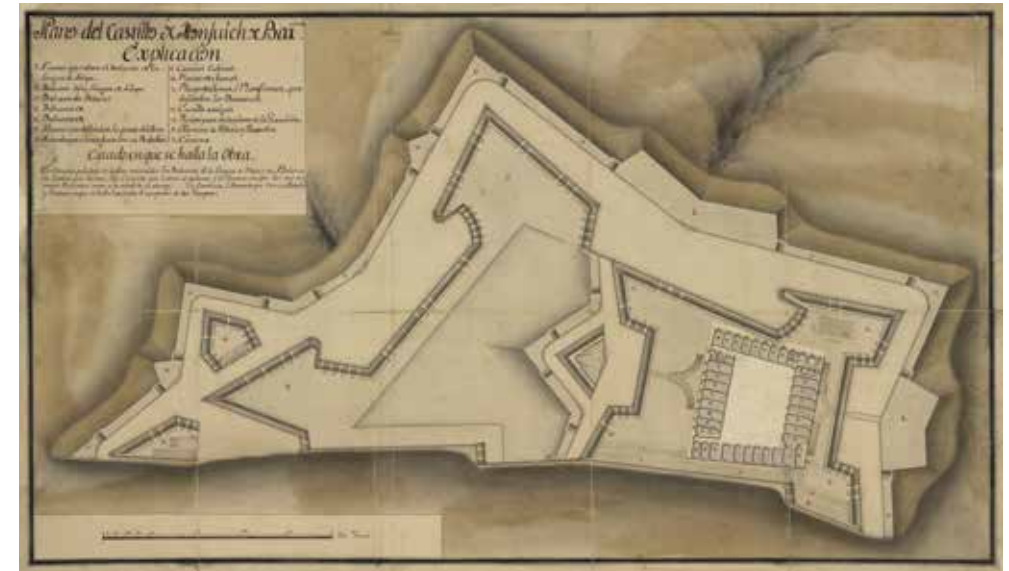
El puente y la fachada de entrada (1)

En un lienzo de muralla de casi 70 metros, flanqueado por los nuevos baluartes de Sant Carles y de Santa Amàlia, Cermeño diseñó un portalón neoclásico, con dos columnas,

un arquitrabe y un friso, una cornisa y un tímpano. Dominando la entrada, se instaló unos años después el escudo real de Carlos III de Borbón, bien visible.

A la puerta principal se accedía por un puente estable de cuatro arcos, levadizo en el último tramo, que también nos ha llegado hasta hoy. Actualmente, el acceso al recinto del castillo, con su foso ajardinado, es la imagen más difundida de la fortificación, y forma parte de las novedades introducidas por el ingeniero Cermeño a mediados de siglo XVIII. Aquella reforma representó la culminación, en términos de ingeniería constructiva, del Castillo de Montjuïc -de hecho, ya se había llegado al máximo esplendor técnico de este tipo de construcciones a principios del XVIII-. Cermeño mismo simboliza, también, el punto álgido del ingeniero, una figura profesional bastante reciente en la época, cuyo nacimiento se sitúa entre los siglos XVI y XVII.

Los ingenieros se encargaban de proyectar las fortificaciones, pero la ejecución de las obras iba a cargo de los maestros de casas, un grupo de artesanos especializados en la construcción. Como las obras de fortificación requerían la



Plano del castillo con la identificación de los espacios.
Desconocido, 1892-1893?
Archivo Histórico de la Ciudad de Barcelona

intervención de miembros de otros oficios, como carpinteros, herreros y picapedreros, el maestro de casas que ganaba el concurso acostumbraba a asociarse con otros artesanos para formar una compañía, que era la que sacaba adelante la obra. En el caso de la reforma de Juan Martín Cermeño, fue Pere Bertran quien ganó el concurso. Su compañía se convirtió en la primera constructora estable que conocemos en Cataluña.

Los baluartes de Sant Carles y Santa Amàlia (2)

Un baluarte es una especie de fortín que sobresale del cuerpo de la fortaleza por los ángulos de las murallas, generalmente en forma pentagonal. Los baluartes, como plataformas avanzadas de defensa con artillería, permitían una profundidad defensiva que obligaba al enemigo a hacer recular sus baterías de artillería y, al mismo tiempo, facilitaban la cobertura de los flancos con fuego cruzado. Por el lado que da a la ciudad amurallada, Juan Martín Cermeño hizo construir dos nuevos baluartes a ambos lados de la entrada actual. Uno es el de Sant Carles, y apunta al litoral norte. Podía contener doce piezas de artillería entre cañones y

obuses, y cinco morteros. Cuenta con dos garitas que servían de abrigo a los centinelas, una de las cuales permanece tal como era primitivamente.

El otro, el de Santa Amàlia, da a la ciudad ensanchada. En el fondo, no era sino la continuación por el flanco derecho del antiguo baluarte de Santa Isabel, de la época del virrey Velasco. El baluarte de Santa Amàlia tiene una altura de 14 metros, una dimensión suficiente para impedir que se escalara. Podía alojar 28 piezas de artillería entre cañones y obuses, además de seis piezas de mortero. Actualmente, conserva el pozo de agua que comunica con una gran cisterna.

En una punta de este baluarte hay izada una bandera catalana que ondea en el mismo punto donde el presidente de la Generalitat, Lluís Companys, izó una bandera en agosto de 1936 para simbolizar la conquista del castillo por parte del poder civil y la desmilitarización de Montjuïc, durante los años de la Segunda República.



El patio de armas (3)

En la gran reforma de Juan Martín Cermeño, iniciada en 1753, se hizo derribar el viejo fortín y, en su lugar, se proyectó un gran edificio cuadrangular con cubiertas a prueba de bombas y un patio de armas central con la vivienda del gobernador del castillo.

El patio de armas es el espacio abierto al interior de las murallas en torno al que se distribuyen las dependencias del castillo. En las salas que dan a las galerías del patio se encontraban los pabellones de los oficiales, las cámaras del capellán, dispensarios y la cantina, entre otros.

Actualmente, en la sala 15 del patio de armas, se puede ver un tramo bastante bien conservado de uno de los cuatro medios baluartes que reforzaban la defensa de las esquinas del primer fortín, construido más de cien años antes. Este fortín de 1640 -la primera fortificación conocida en la cima de Montjuïc- había sido construido en treinta días por soldados y población civil. Levantaron un muro de tierra y argamasa en torno a la antigua atalaya y un recinto o plataforma cuadrangular, defendida por cuatro medios baluartes en las esquinas y un foso de poca profundidad. La construcción

obedecía a la inminencia de la guerra contra Felipe IV, o guerra de los Segadores, de 1640. Desde entonces, y habiendo entendido definitivamente los militares la importancia estratégica del fortín, las instituciones barcelonesas perderían el control de la cima de Montjuïc a manos del estamento militar, que no lo devolvería definitivamente a Barcelona hasta el 2007.

Las terrazas, un mirador de 360 grados sobre Barcelona (4)

El piso superior del perímetro del patio de armas es el punto más alto del castillo al que los visitantes pueden acceder. Estas terrazas ofrecen una visión inmejorable de la ciudad, la montaña de Montjuïc, la estructura misma de la fortificación y la historia común que las une.

En dirección al acantilado que desciende hasta la terminal de contenedores del puerto se encontró el yacimiento prehistórico más antiguo de la ciudad. Se trata de una explotación de jaspes y ópalos para hacer utensilios como herramientas, armas y objetos de artesanía que se remonta a la época del Epipaleolítico (10.000-5.500 a. C.).

Es bastante probable que siglos más tarde los iberos hubieran fundado un poblado en este punto, ya que preferían establecerse en los puntos más altos de la orografía por la visibilidad que proporcionaban sobre las rutas comerciales y sobre posibles ataques. En las cimas del Putget, del Turó de la Rovira y del Puig Castellar (Santa Coloma de Gramenet), por citar solo algunos ejemplos próximos, se han encontrado restos destacables de poblados iberos.

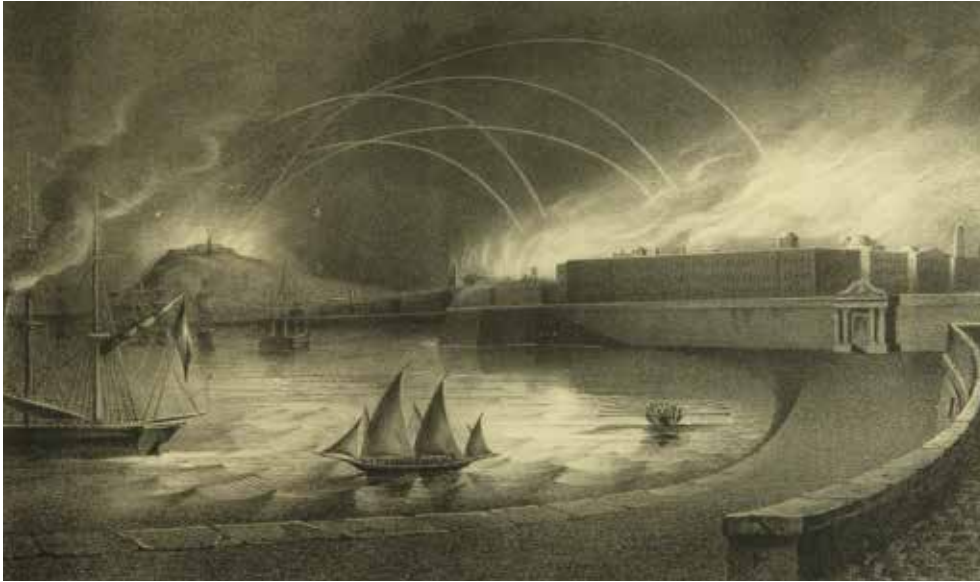
Desde las terrazas se distingue el Port Vell y el distrito de Ciutat Vella, en cuya parte central los romanos fundaron la Barcelona actual. Durante esta época se constata un aumento de la presencia humana en el conjunto de Montjuïc gracias a dos factores: la explotación de las canteras -situadas en la vertiente de la Marina del Port-, y la existencia de villas romanas dedicadas a la explotación agrícola.

Montjuïc nos remite, en primer lugar, a los orígenes de la palabra misma que designa a la montaña. El texto más antiguo que se ha encontrado con el nombre actual de la montaña es del año 879. La colina es citada con el nombre de *Mons Judeicus*, con el sentido inequívoco de 'monte judaico'.

Descartado por los filólogos el étimo *Mons Iovis* o 'montaña de Júpiter', el carácter judaico del monte se ha justificado tradicionalmente por haber sido el lugar donde la comunidad judía barcelonesa enterraba a sus muertos.

No era este el único vínculo de los barceloneses con el monte. En lugar del verde de los parques y jardines que se presencia desde las terrazas-mirador, hay que imaginar, durante toda la Edad Media, un Montjuïc manchado por el verde de una actividad agrícola -y también ganadera- considerable. La obtención de piedra también continuaba siendo un eje vital sobre el que giraba la vida del monte. Sant Pau del Camp, Santa Maria del Pi, la Seu, Ca l'Ardiaca, el Saló del Tinell, la Llotja de Mar, Santa Maria del Mar y el Hospital de la Santa Creu son algunas muestras de edificaciones levantadas con roca arenosa de Montjuïc durante el apogeo de la extracción en las canteras en la era medieval.

Pero lo que ligaba a los barceloneses a la montaña de manera periódica y tangible fueron las peregrinaciones a las ermitas esparcidas por Montjuïc, una buena muestra de devoción religiosa, a la cual se asociaba un componente



Barcelona bombardeada por Espartero. A. Launay, 1842
(extracto del *Atlas de Barcelona*, ed. Mediterrània)

de distracción. Son cinco las capillas edificadas en las laderas de la montaña, de las que solo una ha subsistido. En primer lugar, estaba la de Sant Julià, que era la más antigua (s. XI). En segundo lugar, la de Sant Fruitós. En tercer lugar, y construida en el siglo XVI, la de Santa Madrona, segunda patrona de la ciudad, adyacente al actual Museo Nacional de Arte de Cataluña, donde ha permanecido hasta hoy. En cuarto lugar, la capilla de Sant Bertran, que dio nombre a las huertas que había fuera de las murallas entre las atarazanas, Montjuïc y el mar. Por último, se encontraba la capilla de Sant Ferriol, situada, aproximadamente, cerca de las antiguas canteras de debajo del Estadio Olímpico Lluís Companys.

La torre de vigía y sus orígenes (5)

Las excelentes condiciones de vigilancia y defensa que ofrecía un cerro en primera línea litoral fueron aprovechadas para instalar un faro o atalaya, el precedente arquitectónico más antiguo del actual castillo.

La citación más antigua que nos ha llegado del Farell se remonta al año 1073. De día, el vigía o guardia avisaba de la presencia de naves con señales de vela y, por la noche, con señales de fuego.

Con respecto a la arquitectura, entre los siglos XIV y XVII la torre del Farell fue objeto de numerosas obras de mejora y rehabilitación. Profundamente remodelada, la torre cuadrada se conserva dentro del recinto central cuadrilátero y se puede acceder a ella desde el piso superior del patio de armas. Tal como testimonia un letrero en su base, entre los años 1792 y 1793 el astrónomo francés Pierre Méchain utilizó la torre de vigía para obtener las coordenadas de Barcelona y la triangulación para la medición del arco meridiano que sirvió de base del sistema métrico decimal. Significativamente, recuperó las funciones de atalaya y de torre de comunicaciones que había tenido desde el siglo XI cuando, en 1848, se instaló un sistema de telegrafía óptica militar. Mediante los mástiles verticales y traveseros que todavía subsisten en lo alto de la torre, se enviaban señales al resto de fuertes militares urbanos, como los de Drassanes, Ciutadella y la Capitanía General.

La muralla de marina (6)

Los atacantes de Barcelona no siempre atacaban por tierra. Cuando la artillería de las flotas consiguió



el alcance necesario, el castillo también pudo ser abordado por mar, tal como hizo la armada de Felipe V.

En un intento de reconquistar Barcelona a manos del archiduque Carlos de Austria, las tropas de Felipe V de Borbón atacaron Montjuïc en 1706, bombardeándolo desde el mar y hostigándolo por tierra hasta que los defensores lo abandonaron. Ya en manos borbónicas, fue utilizado como plataforma de bombardeo contra los portales de la muralla del Raval y las zonas pobladas adyacentes. Finalmente, la armada aliada de Carlos III llegó a Barcelona en el mes de mayo y obligó al ejército de Felipe V a retirarse. En 1708 el archiduque promovió nuevas obras en Montjuïc, a las cuales se avino el Consejo barcelonés. Próspero de Verboom, ingeniero militar borbónico que planeó el asedio final de Barcelona de 1714 y diseñó la Ciutadella, fue testigo de las obras entre 1710 y 1712 mientras permaneció cautivo en la Barcelona austriacista. Un escrito de 1713 expone: “[Los barceloneses] no interrumpen las maniobras para ponerse en mejor situación de defensa [...], han adornado todas las alturas de Montjuïc, donde trabajan con gran pasión en la construcción de nuevas

obras, particularmente en la cresta más alta, que corresponde al baluarte de poniente sobre el mar, y la playa de la torre del Llobregat y el baluarte de levante, que mira al mar y a la ciudad”. Sin embargo, Montjuïc no volvió a ser atacado durante el resto de la guerra, ni siquiera en 1714, cuando las tropas de Felipe V forzaron la rendición de la ciudad.

Las baterías de artillería (7)

El conjunto de piezas de artillería, conservadas en gran medida en las plataformas de acceso al castillo y también cerca del baluarte de Sant Carles, nos recuerdan que durante una etapa bastante prolongada el castillo ejerció una función represora de la ciudad y de sus habitantes. Para Barcelona y los barceloneses, a partir del siglo XVIII se inicia una etapa de desconfianza hacia la montaña y el castillo que, en gran medida, ha perdurado hasta hace pocos días. En relación con la fisonomía de Barcelona, uno de los resultados de la derrota contra Felipe V en el año 1714 fue la construcción de una ciudadela militar en el lado opuesto de Montjuïc. La Ciutadella se encargaría de dominar y controlar la ciudad por el norte, mientras que la fortaleza de la montaña lo haría por el sur.



Pero fue ya en pleno siglo XIX cuando las finalidades a que el castillo se veía abocado se manifestaron de la manera más trágica y cruenta después de la revuelta republicana de 1842 en Barcelona. Los revolucionarios tomaron el control de la Ciutadella y el cuartel de las Drassanes, mientras que Montjuïc permaneció adicto al Gobierno de Madrid. El estallido republicano enmudeció tres semanas más tarde cuando, por orden del regente Espartero, el capitán general de Cataluña Antonio van Halen bombardea Barcelona desde Montjuïc, causando unos trescientos cuarenta muertos, miles de heridos y casi quinientos edificios dañados. El bombardeo de 1842 -y el subsiguiente de 1843- representan un punto de inflexión en aquello que Montjuïc y el castillo simbolizan en la conciencia de los barceloneses. En efecto, Barcelona deja de tener, de una vez por todas, Montjuïc como balcón; al contrario, la ciudad se ve subyugada por la montaña, a la que se tiene que doblegar por la amenaza de los cañones.

Sin embargo, los cañones de Montjuïc no siempre apuntaron a la ciudad. Durante la Guerra Civil, la aviación fascista italiana castigó a la ciudad

bombardeándola indiscriminadamente. Se montaron algunas piezas de artillería adaptadas para funcionar como defensas antiaéreas, utilizadas sin efectividad durante los bombardeos aéreos. En 1938 se inició la instalación de una nueva batería de costa con cuatro cañones Vickers 152,4/50 modelo 1923, que hoy se pueden contemplar, ya fuera de servicio, en sus emplazamientos originales.

El hornabeque, el revellín y las lunetas (8)

Cermeño conservó el baluarte de Velasco de 1696-97 y modificó ligeramente el de la Lengua de Serp, introduciendo una nueva estructura -la luneta- que reforzaba la protección del mismo baluarte.

De hecho, tanto la luneta de mar como la luneta de tierra son una especie de pequeños baluartes aislados de la muralla, situados en una posición más avanzada. En cuanto al recinto interior, una de las novedades más interesantes fue la construcción de un hornabeque y un revellín. En la cara opuesta de la entrada principal, en el cuerpo central, está el hornabeque, un tipo de fortificación defensiva formada por dos medios baluartes, esto es, dos medios pentágonos, unidos por una

cortina o trozo de muralla. En el medio baluarte de marina se levanta una estatua del timbalero del Bruc. En frente se encuentra el revellín -más bajo que el hornabeque para no entorpecer la potencia de fuego-, una fortificación triangular avanzada y separada de la fortificación principal por un foso.

Los calabozos (9)

Los primeros testigos del uso penal del Castillo de Montjuïc serían prisioneros franceses de la guerra contra la Convención Republicana (1793-1795). Años después, durante la llamada guerra del Francés (1808-1814), las tropas napoleónicas que ocuparon Barcelona -las tropas francesas tomaron el castillo sin oposición, dejando la función defensiva en evidencia- encarcelaron en el castillo a aquellos que se negaban a prestar juramento a José Bonaparte. No obstante, la nueva identidad del Castillo de Montjuïc como penal no se acabó de afirmar hasta que la Ciutadella, la gran prisión de Barcelona, no se empezó a derribar en 1868.

En sucesivas modificaciones menores, los calabozos se trasladaron a las cámaras adyacentes a la cortina de la muralla de mar. Allí se recluyeron republicanos federales como Gonçal Serraclará, diputado federal detenido y trasladado a Montjuïc en setiembre de 1869; el héroe de la independencia filipina José Rizal, en 1896; los obreros anarquistas ejecutados en 1897 después de detenciones masivas, juicios irregulares y sentencias arbitrarias, en un caso célebre que se acabó conociendo como el proceso de Montjuïc; el pedagogo Ferrer i Guàrdia, también ejecutado, como cuatro acusados más, por ser sospechosos de instigar los disturbios de la Semana Trágica en 1909; o más de tres mil obreros detenidos a raíz de la huelga de La Canadiense.

Los fosos (10)

Durante los años 1696 y 1697 los baluartes y las cortinas -trozos de muralla entre baluarte y baluarte- se circundaron con un foso y su correspondiente camino abierto, hoy frecuentado por corredores, ciclistas y caminantes. El ingeniero Cermeño rediseñó el foso perimetral



Lluís Companys en el patio de armas del Castillo de Montjuïc, antes de su fusilamiento. (Autor desconocido, 15-10-1940)

y el camino abierto con el glacis. Los fosos de más renombre son los de Santa Eulàlia y Santa Elena. La cortina de muralla del primero, entre los baluartes de Santa Amàlia y de Velasco, sirvió de pared de fusilamiento del presidente Lluís Companys en 1940, justo donde está el monolito a su memoria.

En cuanto al de Santa Elena, situado transversalmente respecto del anterior, entre el hornabeque y el revellín, allí fueron represaliados algunos responsables del alzamiento militar de julio de 1936, razón por la que el régimen franquista homenajeaba a sus caídos en un monumento que todavía se puede ver.

Con la victoria franquista, el castillo regresó a la jurisdicción militar, y eso supuso un retorno al pasado represivo del castillo, ya que se aprisionaron allí los represaliados por la dictadura instaurada, muchos de los cuales, como el presidente Lluís Companys, serían ejecutados en sus fosos.



Vista del puerto de Barcelona con la montaña y el Castillo de Montjuïc al fondo. Desconocido, 1930. Archivo Histórico de la Ciudad de Barcelona

EL CASTILLO DE LOS CIUDADANOS

Desde un punto de vista simbólico, podemos situar el inicio de la recuperación del castillo para usos civiles en 1854. Aquel año una real orden permite, por fin, el derribo de las murallas que limitaban la ciudad, y, desde entonces, esta no paró de crecer.

Como no podía ser de otra manera, la presión constructiva se hizo oír en Montjuïc, pero chocó con la prescripción militar según la que la explotación, edificación y urbanización de la montaña y de su perímetro quedan reservadas al estamento castrense. Mientras las instituciones civiles no pudieran reapropiarse oficialmente —la primera petición al Gobierno español se produjo en 1902, y la segunda, en 1935— el impulso de los intereses ciudadanos, tanto públicos como privados, iría ocupando espacios para usos civiles.

En primera instancia encontramos la expansión de las canteras, una actividad que no se había detenido desde los tiempos iberorromanos. A finales del XIX,

el derribo de las murallas y la expansión de la nueva Barcelona tuvieron como consecuencia una fiebre constructora sin precedentes.

En segundo lugar tenemos la versión enteramente profana de las peregrinaciones de raíz medieval: las jiras. Se trataba de unos grupos festivos en las fuentes de las afueras de la ciudad a los que las clases populares barcelonesas tenían gran afición. En Montjuïc eran famosas las jiras en las fuentes Trobada, del Gat, de la Guatlla, de Satàlia, de Pessetes, de los Tres Pins, de la Mina y de Vista Alegre, entre otras. Las jiras se hicieron célebres en el siglo XIX en una ciudad demasiado densificada y a menudo insalubre, y se mantuvieron populares en el ocio ciudadano hasta bien entrado el siglo XX. A finales del XIX aparece un nuevo espacio residencial y de ocio entre las fuentes de una de las vertientes. Se trataba de una zona de cabañas y huertecillos donde creció el Poble-sec. Además, hay que destacar la apertura, en 1883, del cementerio del suroeste.

En 1902 el Ayuntamiento no solo pide oficialmente el retorno de Montjuïc a la ciudad, sino que exige la demolición del castillo. La demanda fue ignorada, pero representó un primer gesto de expugnación de la montaña desde esta institución pública.

Durante las primeras décadas del siglo XX la ciudadanía asumió como un lugar común la transformación de Montjuïc en una zona verde.

A partir de los años veinte, Montjuïc queda vinculada al destino de la Exposición Internacional de 1929, cuyos jardines serían diseñados por Forestier y su discípulo Rubió i Tudurí. Del impulso ordenador de la exposición también nacen la plaza de España actual, el Estadio Olímpico, la zona de pabellones, el Palacio Nacional, el Pueblo Español, y los manantiales y la Fuente Mágica, de Carles Buigas.

El último intento de recuperar definitivamente la montaña se produjo con el municipalismo democrático posfranquista y la construcción de la Anilla Olímpica de los Juegos de 1992. El buque insignia de esta remodelación fue el Estadio Olímpico y el gran espacio de usos deportivos a su alrededor —el Palau Sant Jordi, la piscina olímpica y el Instituto Nacional de Educación Física—, que dejaron una gran huella en la ciudad.

Con respecto al castillo y el museo militar que albergaba, fue reivindicado durante los noventa por los movimientos sociales y algunos partidos políticos hasta que, en una coyuntura política favorable, y después de largas controversias, se cedió el castillo definitivamente a la ciudad en el 2007. El cierre del museo militar ocurrió en el 2009, y a partir de aquel momento se abrió una nueva etapa para el castillo.

Uno de los objetivos específicos es que el castillo se convierta en un espacio para la memoria, para la enseñanza de la historia y de sus conflictos y para la dignificación de todas las personas que han sufrido cualquier tipo de represión, así como en un recinto de vindicación de la libertad y los derechos individuales y colectivos.

Edición

Ayuntamiento de Barcelona
Instituto de Cultura
Coordinación
Dirección de Patrimonio,
Museos y Archivos (ICUB)

Textos

Manuel Risques e Itineraplus

Documentalista

Laia Aleixendri

Corrección y traducción

Linguaserve

Ilustración del plano del castillo

Maria Castelló

Diseño gráfico

Gemma Alberich

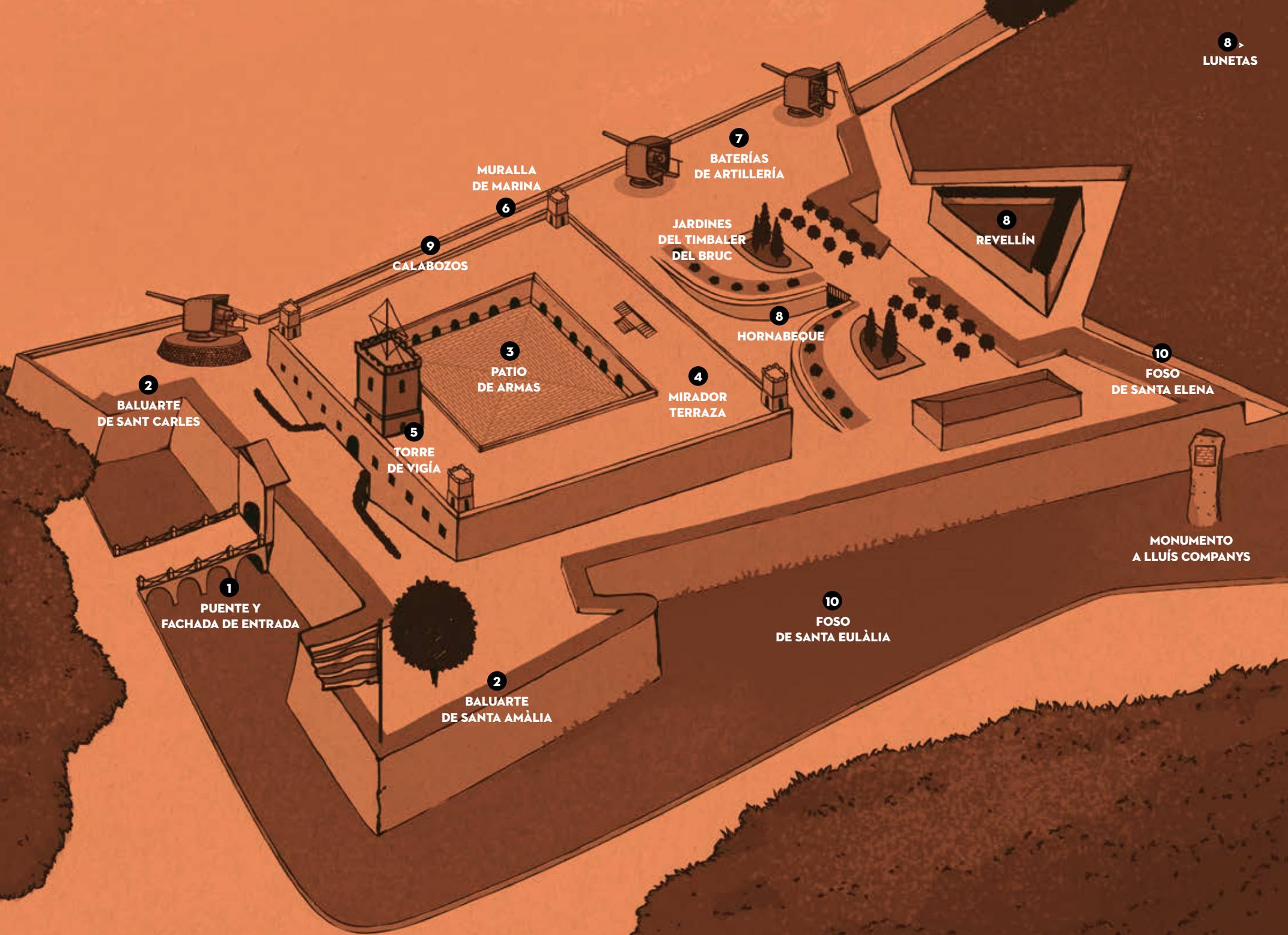
Impresión

C. Casacuberta

Imágenes

Jordi Tudó / Tavisia (foto de portada)
Pep Herrero (páginas 12, 14, 15, 17, 18)

Biblioteca de Cataluña (BC)
Archivo Histórico de la Ciudad de Barcelona (AHCB)
Archivo Fotográfico de Barcelona (AFB)
Atles de Barcelona. Editorial Mediterrània
Centro Documental de la Memoria Histórica (CDMH)



2
BALUARTE
DE SANT CARLES

1
PUENTE Y
FACHADA DE ENTRADA

2
BALUARTE
DE SANTA AMÀLIA

5
TORRE
DE VIGIA

3
PATIO
DE ARMAS

4
MIRADOR
TERRAZA

8
HORNABEQUE

JARDINES
DEL TIMBALER
DEL BRUC

7
BATERIAS
DE ARTILLERIA

MURALLA
DE MARINA

9
CALABOZOS

8
REVELLÍN

10
FOSO
DE SANTA ELENA

10
FOSO
DE SANTA EULÀLIA

MONUMENTO
A LLUÍS COMPANYS

CASTILLO DE MONTJUÏC

Carretera de Montjuïc, 66

08038 Barcelona

+34 932 564 445

castell@bcn.cat

